



EL PASAJE DE LOS PANORAMAS

A LA INTEMPERIE ROSAMOND LEHMANN

TRADUCCIÓN DE REGINA LÓPEZ MUÑOZ

PRIMERA EDICIÓN: enero de 2017
TÍTULO ORIGINAL: *The Weather in the Streets*

© The Estate of Rosamond Lehmann, 1936
© de la traducción, Regina López Muñoz, 2017

© Errata naturae editores, 2017
C/ Doctor Fourquet 11, local dcho.
28012 Madrid
info@erratanaturae.com
www.erratanaturae.com

ISBN: 978-84-16544-30-1
DEPÓSITO LEGAL: M-43457-2016
CÓDIGO BIC: FA
DISEÑO DE COLECCIÓN: Julián Rodríguez y Juan Luis López Espada
para Inmedia (Cáceres)
IMAGEN DE PORTADA: Bridgeman Images / André Wilquin
MAQUETACIÓN: Natalia Moreno
IMPRESIÓN: Kadmos
IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

Los editores autorizan la reproducción de este libro, de manera total o parcial,
siempre y cuando se destine a un uso personal y no comercial.

PRIMERA PARTE

Se dio la vuelta en la cama, tomando conciencia de la orden: despiértate. Sal, sal del elemento que te mantiene sumergida... Pero aún es de noche... Entreabrió un ojo. Todo estaba a oscuras; un destello parduzco se filtraba por la grieta de las cortinas. La niebla le escoció ligeramente en la nariz y los párpados. Conque eso era: otra vez niebla. Puede que ya se haya hecho de día. Pero no me han llamado todavía. ¿Qué me ha despertado? Escucha... Sí: está sonando el teléfono, abajo, en la salita de Etty. A saber cuánto llevará sonando, pero nadie va a atenderlo. Maldita sea, mecachis en... ¡Señora Banks! ¡Señora Banks, cójalo! Clic, llave en la puerta; impermeable marrón, cinturón negro, estola de conejo, rápido, todo colgado detrás de la puerta. Cójalo, cójalo, que no tenga yo que levantarme... Etty, levántate, pedazo de inútil, so perezosa, eres desesperante, venga, cógelo de una vez... Fulminada por el profundo sueño matinal, claro, inconsciente entre sus almohadas y edredones de plumas.

Olivia se enfundó la bata y bajó a trompicones las escaleras angostas y empinadas hasta la recargada salita de casa de muñecas de Etty, extraña bajo aquella luz crepuscular, viciado el ambiente por la insidiosa niebla y el humo de los cigarrillos de la víspera, asfixiado de cortinas color guinda, cojines plateados y verde manzana, sillones, mesas, escabeles, cajitas, platos y adornos de cristal, de piel de zapa y de esmalte. La salita

le lanzó, desde su rincón más oscuro, un grito de reproche irritante y repetitivo, que pareció transformarse en siniestro silencio expectante en el momento en que Olivia casi se dejó caer sobre el escritorio minúsculo y desordenado, levantó el auricular y graznó:

—¿Sí?

Sería Kate, espabilada y alerta desde el campo, a punto de mandar a los niños al colegio y de decirle con vivacidad: «¿Te he despertado? Ay, lo siento, pero es que tengo que salir...». Kate sabe que soy incapaz de madrugar y me lo afea constantemente, sin piedad. Cualquiera día de éstos, en lugar de pedir disculpas, le contestaré mal.

—¿Sí?

—¿Olivia?

—Ah... Mamá... —La voz de mamá, alegre, cansada, reconfortante; la voz de las situaciones de emergencia—. Dime...

—Buenos días, hija mía. Llevo ya un rato llamando... Pensaba que a lo mejor estaba averiada la línea...

—No, la línea funciona perfectamente. Perdona, es que me acabo de... ¿Qué hora es?

—Las ocho y algo. —Sin exasperación, sin reproches: una madre.

—¡Ay, Señor! Aquí tenemos una niebla espantosa, estamos a oscuras. La señora Banks debe de haberse retrasado.

—Vaya por Dios, qué mala pata. Espero que no haya cometido ninguna imprudencia en algún cruce. Aquí no hay ni rastro de niebla. Está la mañana gris, un pelín de nada de neblina, pero parece que luego levantará el día... Escúchame, hija mía... —Su voz, que había empezado a renquear, recobró su particular vigor reconfortante, como para proclamar que

todo iba bien justo antes de dar las malas nuevas—: Papá está en la cama.

—¿Papá? ¿Qué le pasa?

—Pues... está malo del pecho. Pobre papá, qué lástima.

—¿Bronquitis?

—Más bien neumonía, hija. Se está portando de maravilla, ¡una paciencia...! El doctor Martin dice que tiene bastantes posibilidades de salir airoso, siempre y cuando no le falle el corazón... Así que ahora mismo no hay por qué preocuparse. Se está defendiendo como un jabato.

—¿Tiene muchos dolores?

—Pues la tos es una lata, pero no se queja. Se echa sus cabezadas. El doctor Martin es una joya, viene a verlo tres o cuatro veces al día. Ya sabes lo mucho que se desvive; no hay otro médico en toda Inglaterra que se desviva tanto por sus pacientes. Y tenemos también una enfermera encantadora, alegre y sensata. Sólo para las noches. De día me basto yo sola, claro está.

—¿Desde cuándo está enfermo?

—¿Desde cuándo, dices? Pues desde hace unos días. Insistió en salir un día que soplaban viento del este y cogió frío, y de un momento para otro le subió la fiebre.

—Voy para allá ahora mismo. ¿Está Kate contigo?

—Sí, Kate está aquí.

—Ah, muy bien... —Convocada antes que yo: Kate proporciona más bienestar—. Cogeré el primer tren que haya.

—Magnífico, hija mía. Pero desayuna primero, que no hay necesidad de salir corriendo. Y dale un beso a Eddy.

—De tu parte. ¿Has dormido algo?

—Sí, tranquila. Además, puedo pasar sin dormir.

Desdeñosa, terca, casi ofendida, como de costumbre: las flaquezas, para los demás, no para mí...

—Cogeré el de las nueve y diez, y luego el autobús.

—Muy bien, hija mía, te esperamos. Pero ten cuidado con la niebla, no respires por la boca. Y si coges un taxi, pídele al conductor que vaya muy despacito.

—Nueve minutos —terció una voz impersonal.

—No te olvides de desayunar. Adiós, hija, adiós.

Ha colgado con prisas, ya ha tomado las escaleras sin vacilar ni un momento. Ha perdido nueve minutos. Rápido, rápido. Demasiadas cosas pueden ocurrir, y pasar desapercibidas, en nueve minutos.

Mientras se aseaba y vestía, Olivia preparó a toda prisa el equipaje. Meteré en la maleta el vestido rojo, y me pondré el de *tweed* marrón oscuro, heredado de Kate, bien cortado, con mi blusa de punto verde lima, tan bonita y favorecedora; echaré también la otra, la marrón vieja. Ya está. Vístete con esmero; péinate, maquíllate... ponte guapa. No llegues desastrada, desaliñada, como si te hubieras caído de la cama; no llegues como un mal presagio. Ahora mismo no hay por qué preocuparse. No hay por qué preocuparse, ahora mismo: palabras de mal agüero. Se está defendiendo... ¿Significa eso que aguanta? Por lo general, defenderse es lo mismo que estar sentenciado... ¿Está en su lecho de muerte? ¿Debería teñir el vestido rojo, la blusa verde, debería llegar a Tulverton demacrada y comprar luto? ¿Me compro unos guantes negros? Si aún se mantiene a salvo de eso que intenta llevárselo por delante, si aún conserva ese carácter tan suyo, al margen del fin universal, del camino hacia la muerte común a todos los mortales, ¿no dirá, con toda seguridad: «Como me entere de que celebráis un funeral...»? Ha tenido que decirlo en algún momento. Si no, si no se ha molestado, si no ha tenido tiempo, si ha llegado la tía

Edith como flotando con sus velos y sus cadenas, actuando en contra de la voluntad de papá, si ha triunfado la viuda que hay en mamá, o la alegría de la enfermera lo ha desalentado hasta el punto de anular sus armas de cínica resistencia y malicia, entonces se impondrán las ancianas de luto, el brazalete negro para James, las tarjetas de duelo, y los crespones y las coronas de flores y los frascos de sales de la tía Edith; y nada quedará de esa sabiduría fundamental que sólo él atesoraba y que no había tratado de transmitir salvo mediante una suerte de guiño espiritual apenas perceptible, captado una o dos veces y devuelto sin respuesta: algo, cierta concepción de la vida y la muerte; la íntima y duradera integridad de su desencanto.

Olivia bajó corriendo una planta, pidió un taxi y abrió la puerta del cuarto de Etty, contiguo a la salita. La recibieron el silencio y la oscuridad, y un olor compuesto de colorete, perfume, cremas cosméticas y trufas de chocolate.

—¡Etty...!

Con la segunda llamada, Etty se revolvió entre los almohadones y gimoteó un «Cariño...», mezcla de protesta y saludo.

—Etty, no hace falta que te levantes, pero tengo que irme. Acaba de llamar mi madre. Papá está muy enfermo y salgo ahora mismo para mi casa.

—Ay, cariño... —Encendió la lamparilla y volvió a tumbarse con un hondo suspiro—. ¿Qué me dices?

Se incorporó de repente, con la redecilla rosa en el pelo, pálida, apagada, ridículamente empequeñecida por la ausencia de maquillaje y del pelo que le enmarcaba el rostro.

—Tiene neumonía.

—¡No me digas! Pobrecillo. Ay, ¿y tienes que irte, cariño? Me dejás hecha polvo. Yo le tengo verdadera devoción... Dale besos de mi parte, ¿eh? Y a la tía Ethel también. Espera un

segundo, cariño, déjame pensar, déjame pensar. Las ocho y media. ¡Madre mía! ¿Y la señora Banks? ¿No ha llegado? Espera un momentito, cariño, que yo te ayudo.

Apartó de un manotazo la ropa de cama, y unas piernas delgadas y blancas, unas rodillas pequeñas y huesudas, se deslizaron tímidamente por el borde del colchón.

—No necesito nada, lo tengo todo listo. Ya he hecho la maleta y todo. Vuelve a la cama, anda.

Etty permaneció un momento de pie, sin mucha convicción, envuelta en una nubecilla de gasa floreada, y volvió a hundirse dolorosamente en el filo de la cama.

—Pero, cariño, tómate un té o algo. A ver, déjame pensar. Sí, un té. Voy a poner la tetera.

—No me apetece. Ya desayunaré en el tren, así me entretengo.

—¿De verdad? Puede que sea lo mejor, cariño, sí. Pero hazlo, ¿eh? De nada sirve dejar de comer en estas circunstancias, al final resultas inútil para todo el mundo. Uy, ¿otra vez niebla? Qué horror. Esto es... Esto no hay alma que lo soporte.

Se hizo un ovillo en la cama y dio un respingo.

—Una cosa nada más. Te agradecería que dentro de un rato, sobre las diez, llamaras a Anna al estudio y le explicaras que hoy no puedo ir.

—Claro que sí, cariño, por supuesto. Descuida. ¿Necesitas algo más?

—No, duérmete otra vez, Etty.

—Ay, cariño, es que me dejas tan preocupada... —Se había tumbado boca arriba, con aire consternado—. Me sabe mal por ti...

—Todo irá bien. Papá es más fuerte de lo que la gente cree. Es un hombre robusto.

—Uy, ¡eso es verdad! Siempre me ha parecido muy fuerte, la verdad; les pasa mucho a los inválidos. Sí, yo creo que se va a poner bueno. Prométeme que me llamarás, cariño. A ver, esta noche salgo a cenar, qué mala sombra... Pero entre las seis y las siete estaré en casa, con toda seguridad. Mira, mejor te llamo yo.

—Muy bien, Ett, como quieras. Adiós, bonita.

—¿Puedes tú sola con la maleta? Venga, adiós, cielo.

Apretó los dedos de uñas escarlata contra los labios y le lanzó un beso melancólico, apasionado. Por encima de las manos y de los delicados pómulos y sienes, los ojos hundidos de su prima la miraron con su aire mañanero de patetismo y agotamiento. Parecía un huevo, sin pelo y con aquella cara tan pálida y lisa de rasgos apenas esbozados con una mirada y una inclinación de cabeza.

—Acuéstate otra vez y duérmete.

Es lo que hará.

Olivia cerró tras de sí la puerta amarillo canario de la casa de muñecas, tragó una áspera bocanada de niebla, indicó «Paddington» al bulto que la estaba esperando, un vértice inmóvil, un disco inexpresivo de color rojo oscuro aderezado con unos bigotes canos y rugosos, silvestres, y se metió en el taxi.

Salió de la estación y entre jirones de niebla cada vez menos espesa se alejó de Londres. Dejaba atrás los colores lenteja, azafrán, beis. Una sórdida y oscura mortaja cubría los primeros barrios periféricos, hasta que el día lanoso se despejó y las vallas publicitarias, las fábricas, el canal con sus barcas, los huertos con árboles de troncos blancos, el ganado y los sauces y los campos llanos y verdes emergieron misteriosamente, atrapados en una transparencia de muselina empapada de

azulete. La materia amorfa del cielo empezó a acolcharse para luego abrirse y deshilacharse; un fantasma azul respiraba aquí y allá por las vaporosas fisuras, y el aire estaba impregnado de una esencia luminosa procedente de los rayos delicados e indirectos del sol, aún invisible. Haría bueno. El tiempo que más me gusta.

Una imagen del jardín irrumpió en su mente: la hierba empapada, las hojas desperdigadas, las copas amarilleantes de los olmos, las últimas rosas blancas en el cenador, los últimos crisantemos, envejecidos y sucios, en el parterre; todo borroso de humedad, de una sumisa incandescencia, queda, triste y contenida. Y lo vio a él avanzando por el camino con la bufanda de cuadros escoceses, la mirada equívoca bajo el ala de su antiguo y estrafalario sombrero tirolés, los dóciles labios apretados, paciente e irónico entre una crisis de asma y la siguiente. No puede morirse... Olivia hurgó en el bolso en busca del espejito, el colorete, el pañuelo, y se recompuso el cutis con esmero. Aparte de una mancha o dos de tizne, y la mirada algo cansada, no estoy del todo mal. En el vagón restaurante, varios portadores de bombín anodinos se concentraban en sus periódicos: rumbo a Tulverton por negocios, seguramente, o más lejos, hacia el norte. Pero apareció alguien distinto: una silueta masculina, alta y de aspecto próspero, con un gabán de *tweed* y un perro en brazos, los hombros anchos encorvados para pasar por la puerta del vagón. Con una sonrisa y un aspaviento, el grueso mozo acomodó al recién llegado en el asiento frente a Olivia. El hombre vaciló, se quitó el abrigo, lo dobló, sentó al perro encima, cogió la carta, pidió salchichas, huevos revueltos, café y tostadas con mermelada, y abrió el *Times*.

Rollo Spencer.

Olivia sintió que se le subían los colores, reacción incontrolable y habitual ante un rostro del pasado. Su mente se puso en marcha de inmediato, revolvió en busca de huecos y grietas en los que esconderse: porque mi posición es ambigua, porque soy una mujer anónima... En el andén de Tulverton, en el autobús hacia Little Compton, o camino de la estafeta de correos; allá donde fuera, miradas de pedernal, fosas nasales olisqueantes, labios hipócritas que articulan palabras de bienvenida con la boca pequeña e inquietan solapadamente: «Bueno, ¿y cuál es tu situación, eh? ¿Dónde está tu marido?», y susurran con deleite: «Pobre señora Curtis, una lástima que no haya conseguido colocar a su segunda hija. Mala sangre, yo siempre lo he dicho...».

No pienso pasar del jardín. Me disfrazaré, me colocaré un caparazón, como la tortuga de James...

Venga, rehazte, rehazte; ¿qué más me da? Me entra por un oído y me sale por el otro. ¿Quién es Rollo Spencer, en el fondo? No va a reconocerme. Le sonreiré y le diré: «Ya no te acuerdas de mí...». Pero papá, en su lecho de muerte tal vez... No debería decir nada de eso.

El perro se rebulló sobre el abrigo. Rollo le dijo algo y a continuación lanzó una mirada a Olivia con la sonrisa vaga con que la gente suele acompañar dicho gesto en un vagón de tren. La sonrisa se concretó de pronto en una especie de cauteloso preámbulo de reconocimiento y, en un tono complacido y afable, dijo:

—Buenos días.

—Buenos días.

—Qué alivio salir de Londres, con ese tiempo tan desagradable, ¿no cree?

—Sí. En el campo se estará a las mil maravillas.